

## La invención de Claustrum en tres momentos

-1-

Todo comienza con un brebaje de aire espeso. Hondo. Y allí está él, con la boca abierta. Encerrado en un lugar de aparente familiaridad: su antigua casa, definida a media luz, tal y como la memoria le permite. En su interior, una alfombra verde de evoca una mesa de mármol. Un piano estropeado le evoca una máquina de coser. El conjunto: un salón de estar casi vacío... Brotan letras de cada artefacto evocado: del poliéster de la alfombra; de la superficie de la mesa; de las teclas del piano; del cortahilos de la máquina. Brotan como la piel muerta de un insecto. Él, allí, en medio de una espiral de confusión, trata de untar las letras en un trozo de pan. Las aborda repetidas veces: una, dos, tres veces; malogra cualquiera de sus intentos: cada vez que desliza la rodaja, como mantequilla fría las letras se desbordan y se amontonan en el suelo en forma de virutas de madera. Algo le impide apilar significados. Lo mismo que le observa desde ocho perspectivas; guardando vigilia; tendiendo redes sobre la casa toda. Él, por su parte, no deja de implorar entendimiento y prueba a escribir en el vacío: "K.a.n.a.c" ¿Se trata de aquel pueblo melanesio? Pese a ello, es incapaz de convertir más letras en palabras; ni mucho menos las palabras en proposiciones. Hasta que desiste. No. Es desistido por el operador de la máquina de coser, ¿un tejedor? La casa tomada por hebras va tornándose en tonos grises hasta cubrirse de negro; el mismo que rellena la parte de adentro de sus párpados que, al caer en un sueño profundo, sucumben al cierre. Antes de desplomarse en el suelo es atajado por infinitos brazos seda: la sutileza de la capture permite la ternura y la perversión en proporciones casi exactas.

Despierta tumbado en la hamaca del estudio de su padre, ubicado en la planta de abajo de su antigua casa. Esta parcialmente oscuro. Pero esta vez sus sentidos parecen estar alerta. La hamaca está en movimiento. Hasta hace unos segundos el tejedor le mantenía meciéndole como a un pequeño crío. Al poner los pies en el suelo se dirige al interruptor de luz que descansa al lado de la puerta del estudio. Lo pulsa: la luz no enciende. Un presentimiento le dice que el problema nada tiene que ver con los circuitos eléctricos la luz está siendo progresivamente ahogada. Sube las escaleras tropezando peldaños. Al llegar arriba se dirige al interruptor más cercano, aquel que da luz a la cocina. Lo pulsa:

“no enciende, no estoy solo”, sentencia; eso que aniquila los fotones se esparce en el aire y le presiona con fuerza; hilos fibrosos tensionan la parte exterior de su cuerpo; se enredan en su cuello y se deslizan por el interior de su boca abierta. Intenta gritar, pero le falta el aliento y sólo gimotea como una foca asustada. Está siendo constreñido. No. Está siendo poseído, como cada partícula de oxígeno que la casa alberga. Miles de hebras de la presencia arácnida se hacen con todos los instantes y milímetros del lugar. El tejedor juega con él, como un volatinero; basta con tirar de sus hilos para descubrir cualquiera de sus intenciones y movimientos. Él, fuera de sí, se vale de los últimos vestigios de fuerza que le quedan y corre atravesando hebras por la habitación contigua: el salón de estar. Tropezca con algo, ¿la máquina de coser?, parece más bien una madriguera cuajada de telarañas. Aprieta toda la cara, está al borde del desmayo. No. Erige las piernas, pero la izquierda no le responde en absoluto. Da un paso. Dos. Tres pasos derechos. Los suficientes para llegar a la puerta del cuarto de sus padres. La abre. Sus padres ya no están allí. En su lugar, duerme una pareja: les conoce. Intenta despertarles con sonidos extraños que apenas puede proferir desde las paredes de su garganta. El aire fibroso le está estrangulando; adquiere un espesor gelatinoso. Eugenia despierta. Deviene la misma angustia cuando le ve desplomarse a sus pies. Mario ya está arriba y pulsa el interruptor. La luz no enciende. Sigue pulsando hasta la saciedad. Él, con su cara en el suelo, otra vez allí, piensa en “algo”. La luz enciende. Ve unas patas. Sube la mirada. Ve una figura, un rostro, ocho pupilas. Un chillido convulsivo que resuena desde todas las distancias le saca de la pesadilla.

-2-

Estoy tumbado en la cama. Tengo los ojos cerrados pero la conciencia esparcida por todo mi cuerpo. Recuerdo despertar de la pesadilla, en la madrugada, temblando, pero no recuerdo la pesadilla en sí misma. ¿Ocho pupilas? Aunque la memoria no me da acceso a detalles, los tengo grabados en la carne. Arrastro una sensación asfixiante: siento las entrañas enredadas y me falta el oxígeno. Me sobreviene un cuerpo enajenado. El torniquete involuntario que circunda mi muslo izquierdo me obliga a romper el molde en el que permanezco inerte. Me arrimo entre sábanas en posición fetal, pero la sensación se acentúa, esta vez en la boca del estómago. No la aguento, de

alguna forma tengo que librarme de ella: aprieto el abdomen y un pedo sale de mis tuberías. ¡Buah, era sólo un pedo! No. Todavía me falta el oxígeno. Tengo que salir de aquí. Abro los ojos. El cuarto permanece con puerta y ventana cerradas. Está oscuro, pero se cuelan hilos de luz por las rendijas de la persiana. Desenmaraño el nido que me sostiene en el colchón y me levanto de golpe perdiendo un poco el equilibrio. Varios golpecitos palma abierta en la pierna izquierda deben ayudar a la circulación: ¡Pim, Pam, Pum! Abro la puerta del cuarto para que entre la luz y empuje corrientes de aire. Miro la hora en el móvil: ¡Otra vez voy tarde! En una hora tengo tutoría en la Facultad. Pese al malestar (¿meta?) físico, tengo que moverme: procedo a buscar el texto que voy a presentarle a mi tutora. Me siento frente al ordenador. Espero que piense, y una vez que despierta escudriño dentro de una matrioshka de carpetas: Documentos: Antropología: Doctorado: Tesis: Artículos: Cuerpo: Ensayo cuerpo y modernidad. Aquí está. Leo el nombre del documento: “...nos dieron la carne”: *fricciones entre la concepción del cuerpo- vegetal del pueblo canaco y la noción occidental de 'lo corpóreo' como modelo de individuación*”. Lo guardo en un pendrive. Me levanto de la silla y me visto. Salgo del cuarto. Me encuentro de frente con Eugenia e involuntariamente mi mente invoca una imagen de su cara agrietada. “Buenos días... Joder, qué cara tienes.”, me dice (a mí). “Tuve una mala noche. Una pesadilla. No recuerdo casi nada. Pero creo que estabas allí”, respondo. Entro al baño y me lavo cara y dientes. Al salir, Mario, que reposa en el salón, me pregunta: “¿hombre, no tenías tutoría en la facultad?”. Le respondo levantando ambas cejas y manos. Cojo mi mochila y me despido a media voz de ambos.

Evito el ascensor. Bajo ocho pisos corriendo. Ocho pisos. En la calle, enciendo un cigarrillo. Mi garganta lo rechaza. Tengo náuseas: el estómago revuelto de humo y los pulmones famélicos me provocan una arcada; la acompaña una lágrima. No tengo suficiente saliva para escupir, sólo arrugo la cara y roto mi puño contra el lagrimal. Boto el cigarrillo. Mientras camino al metro busco mi reproductor de música en la mochila. Me coloco ambos cascos. Lo enciendo. Suena Radiohead: “...the panic! ¡the vomit! ¡the panic! ¡the vomit...!” ¡Buah! El sonido me acuchilla los tímpanos. Presione “Stop”. Guardo el reproductor. Acelero el ritmo mirando al suelo. La inercia de la marcha me permite concentrarme en las ideas le voy a plantear a mi tutora: Entre la comunidad

canaca, el cuerpo toma las categorías del reino natural; aparece como otra forma vegetal, o el vegetal como una extensión natural del cuerpo. No hay fronteras entre estos dos terrenos... Una cerca rota irrumpe mi examen reflexivo: alambres enredados sobresalen a la altura de mi cabeza y amenazan mi cara con fibras puntiagudas. La evado rodeándola, sin antes sentir puntadas en los ojos. Bajo la mirada y aprieto los párpados. Retorno: ...la división entre estos dos terrenos sólo puede realizarse por medio de nuestros preceptos occidentales. Los canacos no conciben al cuerpo como una forma aislada del mundo, sino que participa por completo en una naturaleza que lo asimila y lo cubre. La noción occidental de individuo, separado del mundo, no tiene ninguna consistencia en este pueblo melanesio.... Abro lo ojos y esta vez se estrellan contra el hoyo del culo de un perrito (parece una rata); no pasa un segundo y empieza a orinar mierda coagulada. Amarillenta. Veo cómo choca contra el suelo: caen trozos medianamente digeridos y salpican gotas. Gracias a la complicidad de la brisa me llevo una olfateada indeliberada y siento cómo las partículas de mierda se clavan en mis fosas nasales. ¡Qué asco, el exterior no puede ser más hostil! Subo la mirada y veo al dueño de la rata. Hacemos contacto visual, pero es imposible controlar la inevitable monstruosidad facial que acompaña la segunda arcada del día; esta vez me salen lágrimas de ambos ojos. Los dejo atrás junto al charco de mierda y vuelco todos mis sentidos contra el suelo, evitando sinestesias. Estoy ultra sensible, pienso: cada acto perceptivo es aún más violento que el anterior; me siento atrapado en una tupida red, y cuanto más tupida es, más procuro escapar, y al mismo tiempo su espesor impide mi salida. Atrapado en redes? ¡Dejá vu! Esto ya lo he vivido.

*“Atención, les recordamos que por su seguridad está prohibido cruzar las vías. Por favor, utilicen los pasos habilitados”,* decreta el altoparlante mientras bajo a toda velocidad por las escaleras mecánicas. Allí está el tren. ¿Por qué hay tanta gente? No me puedo subir allí; no aguantaría otro ataque. ¿Me devuelvo? No. Tengo que cogerlo; no puedo llegar tarde de nuevo a tutoría. ¡Sólo es una estación! Dilato la distancia entre cada paso y salto dentro del vagón antes de que cierren las puertas: quedo estampado en una masa amorfa de gentes. ¡Maldita sea! No es normal esta cantidad de personas. Tranquilo, respira, pienso. Tengo que distraer mi atención: veo rostros; todos permanecen en actitud blasé,

con la mirada hacia dentro. El tren arranca, lentamente. Hace calor. Empiezo a transpirar. Necesito aire: el vértigo, otra vez el vértigo. ¡Vamos! Una estación, puedo soportar una estación. ¿Por qué el tren va tan lento? No. Es normal. Va a la velocidad de siempre. “*Estimados usuario...*” ¡No! “*...en estos momentos el servicio no puede prestarse con normalidad...*” ¡No puede ser! “*...disculpen las molestias*” ¡Estoy muerto! Hoy no... El tren se detiene. Allí. A treinta metros de profundidad; en el estómago del túnel; entre paredes de concreto veladas por capas de otras paredes de concreto a su vez cubiertas por inmensas piedras embozadas por tierra maciza y así sucesivamente hasta el centro del planeta. El vértigo me sacude de un solo golpe. Otra vez los puntos negros en el aire. Cierro los ojos. Abro los ojos. ¡Lo recuerdo! La casa de mis padres, la máquina de coser. .. Al tiempo que las imágenes de las hebras van apareciendo en mi mente, cercan mi esternón. Amarran y constriñen mis pulmones. ¡La pesadilla es una realidad inminente! Este es el peor ataque de mi vida. No me basta con pensar en playas, praderas y demás espacios abiertos. Subo la mirada y veo con falsa ilusión del otro lado del cristal del vagón: la oscuridad enterrada se impone. Enfoco de nuevo, esta vez veo mi reflejo. Y allí está él, el tejedor, sobre mi espalda: rodeando mi cuello con hilos. No aguanto más, voy a desplomarme entre gentes. No. La imagen de mi cuerpo tatuada en el cristal me sugiere algo. ¡Los canacos! En eso pensé cuando le vi en la pesadilla: si este artificio moderno es mi hábitat, ¿puedo hacer del mismo mi ser? “Soy la carne del mundo, el mundo es mi carne. Soy la carne del mundo, el mundo es mi carne. Soy la carne del mundo...”

-3-

- ¡Eres tú! Estuviste anoche en mis sueños. Te pude ver. ¡¿Cuál es tu propósito?!

- Esculpiste con tu mirada mis ocho pupilas; me has dado un rostro, y con ello, me has deconstruido hasta dejarme completamente desnudo. En el lenguaje de los sueños, la deconstrucción deviene en exorcismo, y el exorcismo en muerte metafísica para el ente invasor. Aún no tienes certeza de lo que has hecho, pero no puedo arriesgarme más, tu inconsciente ya no es un patio de juego seguro para mí. ¡Maldito humano! Me has arrebatado la libertad que me proveía aquella caja hermética; el único espacio hecho a mi medida; extensión de mi piel y estado ontológico; en donde tenía absoluto control de mi consumación erótica:

el asesinato por estrangulación. No comprendo cómo ha podido pasar esto. ¡Se supone que soy uno de los colonos del mundo onírico! Te he subestimado, humano, y si el episodio de anoche autentica la firma de mi condena, me veo obligado a revelarte mi verdadera naturaleza.

- ¿Cuál condena? De ser así...

- ¡Lo sé! El clamor de mi develamiento ha sido contagiado por tu vergonzosa situación finita. Anoche conocí la muerte, y por primera vez, la epopeya adquiere una razón de ser: ¡Yo quiero ser recordado como el peor de tus miedos! Entre tanta humillación, me avasalla tener conciencia de que mi condición de posibilidad sólo puede consumarse por y a través de ti, y de todos vosotros, humanos. ¡Maldita condición de posibilidad! Te confieso mi culposa experiencia metafísica: soy una manifestación del miedo aterrorizada por el miedo.

- Qué eres... Por qué soy tan susceptible a tus redes...

- Vuestra “modernidad” me ha apilado el nombre de Claustrium, del latín “cerrado”, y el apellido del Dios griego Fobos, personificación del miedo; y aunque soy una manifestación del pánico con una profunda excitación por el verbo “encerrar”, hubiera preferido un nombre más sencillo: Estrangulador, a secas. Al igual que tu especie, soy un ente sujeto a la cárcel del tiempo. Me habéis sentido en la historia. También, me habéis interpretado y resignificado en cuantos órdenes sensitivos y sociales existen. Para las mentes más diáfanas de la humanidad, soy producto de indumentarias y dispositivos científicos; de la ficción que habéis instaurado a través de vuestras disciplinas más poderosas: aquellas que apostaron por hacer del cuerpo el recinto objetivo del ego. Al contrario de lo que crees, humano, no soy una expresión patológica de algún trastorno de ansiedad. Hoy me legitima, para mi suerte, una taxonomía biomédica: un constructo inventado en el siglo XVIII por los desatinados saberes de las ciencias de la salud. Y digo para mi suerte, humano, porque vuestro valioso conocimiento no ha sido más que una furtiva fachada de mi existencia: cada vez que un mal nacido es diagnosticado como “claustrofóbico”, le envuelve la etiqueta de “trastornado mental”; y por esta razón, toda responsabilidad es depositada automáticamente en el estado de la mente de aquel desafortunado. Así, el diagnóstico, al tiempo que enjuicia a mis víctimas (¡y sólo mías!), me

niega, garantizando así mi impunidad. Vuestro pecado ha sido naturalizarme como condición psicológica, asentada por vuestro burdo proyecto de dominar la naturaleza.

- Si no eres una manifestación psicológica, ¿cuál es tu naturaleza?

- Soy lo más parecido a un insecto arácnido. Al menos esa es tu versión de mí. Atrapo a mis víctimas en tupidas redes cuyo espesor varía en función de las dimensiones del espacio y humanos que lo habiten. En los primeros tiempos vivía en cavernas y agujeros; y a pesar de ser un maestro en las artes textiles, la antropología de los trogloditas anulaba cualquiera de mis disposiciones asfixiofilicas: ¿cómo constreñir con seda la carne de un cavernícola si ésta está forjada de la misma piel maciza de las cavernas? El “progreso” occidental ha olvidado que la condición humana es corporal; y cada vez que objetivas tu cuerpo; empero, cada vez que dices “mi cuerpo”, estás utilizando como modelo el de la posesión. No “posees” un cuerpo, humano, más bien “eres” un cuerpo. Me alimento de la ruptura antológica que aísla al cuerpo de la naturaleza.

- ¡Como los canacos! Sería difícil pensar en la sensación de encierro si la piel del hombre canaco designa al mismo tiempo la corteza de los árboles; si la unidad de sus músculos refiere a la pulpa o al carozo de las frutas; si las conchas marinas sirven para identificarlos huesos que los recubren. Eres impensable en el pueblo canaco. No podrías envolverles en tus redes, mucho menos estrangularles, pues, indiferentemente que se hallen atrapados en un entorno hecho a tu medida, ¡no pueden ahogarse en su propia sustancia!

- ¡Me acorralas! Pero sigo vivo. No pienses que puedes escapar de mis redes por tu ejercicio etnocéntrico.

- Haces uso de saberes antropológicos. ¡Sólo eres una ficción creada por mi imaginación!

- Soy una ficción. Pero te equivocas en algo. No por ser una ficción dejo de ser real. Soy una ficción viva. Histórica. Estoy encarnada en tu piel y me valgo de tus saberes. Y esta discusión sólo es posible en un estado de delirio. Cuando entres en razón, seguirás atrapado en mis redes. No eres más que un patético

esclavo de esta pesadilla “moderna” que tú y tus consocios habéis construido en nombre del progreso.

- Y si la pesadilla deviene en carne; y la carne en delirio; el delirio deviene en deconstrucción. Entrar en “razón” sería sucumbir ante ti. ¡Haré del delirio una forma de resistencia! Tú no eres más que una de esas minúsculas arañas hinchadas que habitaban el jardín de mi padre. Las ficciones son difíciles de despellejar, Claustum, pero mi navaja está un poco más afilada.

*“Próxima estación: Ciudad universitaria”*, anuncia la voz de la salida.

-FIN-

**Número de palabras: 2974**

### **Referencias bibliográficas.**

Nota: A efectos de no romper con la lógica narrativa del relato, he decidido no agregar en el texto la única referencia directa que he utilizado, relativa a las ideas que aparecen en letra cursiva en el segundo párrafo del segundo apartado del relato, que hacen referencia al pueblo canaco. Dichas ideas aparecen en la siguiente referencia bibliográfica:

Le Breton, David (2002) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión